

Marcelo Pellegrini*

De la forma a la forma

Un pintor (que es también grabador: Juan Antonio Roda) y un poeta (Darío Jaramillo Agudelo) se han unido en un proyecto común (el libro *Del ojo a la lengua*¹) que tiene —al menos— tres historias. La primera de ellas se remonta a los años 80, cuando Juan Antonio Roda ilustra con unos grabados admirables (sensualidad del ojo) el volumen *Poemas de amor*, de Darío Jaramillo Agudelo². La segunda es el libro al cual nos referimos, que registra el proceso contrario y complementario del anterior: el poeta que ilustra con sus poemas los grabados del grabador. La tercera se halla en el prólogo que Jaramillo Agudelo escribió como introducción a *Del ojo a la lengua* (sobre este particular volveré luego). Y hay —creo no equivocarme— una cuarta historia, no menos importante que las anteriores: la previsible amistad entre Roda y Jaramillo Agudelo, que se traduce —como ahora, como antes— en un fecundo diálogo entre las dos artes que cada uno cultiva con extraordinario talento. Surge así el movimiento de una contemplación: pasar del ojo a la lengua y de la lengua al ojo es contemplar una respiración fija y dinámica: los grabados que inspiran los poemas que el poeta expira en la página, y al revés: los poemas como semillas de aire para los grabados.

¿Cómo dos artistas de ámbitos diversos llegaron a este estadio complementario y solidario? La respuesta —en el caso específico que aquí nos ocupa— está en las palabras preliminares (cuyo título es “Veintiséis letras para un prólogo”) que Darío Jaramillo Agudelo escribió para este libro. Se trata de una curiosa introducción: cada una

* Poeta chileno. Estudia literatura hispanoamericana en University of Washington, en Seattle.

de las letras del abecedario castellano encabeza los distintos fragmentos que testimonian la “historia” de este libro: cómo se originó y cómo fue el proceso de su escritura. Comienza así:

En 1988, El Áncora publicó una edición de *Poemas de amor* con ilustraciones de Juan Antonio Roda. Desde entonces, Roda me dijo que él había hecho el ejercicio —por cierto, con espléndidos resultados— de ilustrar mis poemas. Seguía el recíproco, que yo ilustrara sus grabados. Acepté. Acepté sin saber en qué me metía [fragmento A, p. XIII].

Ese no saber dónde se metía es, para Jaramillo Agudelo, el vacío. El poeta nos cuenta que los diez grabados que Roda le entregó cierto día de 1993 no poseen ni título ni orden (o secuencia) ni nada. Son, dice el poeta, “sólo formas, formas que me parecen bellas” (fragmento B, p. XIV). De esta manera, concluye:

Estoy en el vacío [...], estoy en un contrasentido imposible de resolver y cuyo enunciado es un lugar común: la expresión visual no puede reducirse a palabras. El grabado sintetiza, se percibe de un golpe de vista, con el ojo lo posees al instante. Las palabras desmenuzan, se van regando en el tiempo con nombres que impiden la visión totalizante, instantánea [fragmento D, p. XVI].

El poeta no puede decir nada sobre estos grabados, pero al parecer no claudicará en su contemplación. Y si lo que mira es sólo “forma” desplegada en el “vacío”, a partir de ahí tal vez sea posible comenzar el traspaso “del ojo a la lengua”. Se trata, a mi juicio, de una contradicción fructífera que el poeta sabrá enfrentar: forma y vacío al mismo tiempo, es decir, la piel, la solidez de “algo” que no se sabe qué es y, más aún, que no se sabe si “es”. Jaramillo Agudelo está justo en medio de esa conversación monológante que los poetas mantienen consigo mismos: el yo real y el yo poético, comienzo de la pluralidad de la conciencia, se enfrentan en la página (im)posible. En esa conversación, el poeta descubre que forma y vacío dibujan una constelación. Aparece así la imagen, suma y centro del libro. Luego de la admirable “cadena de las preposiciones” (fragmento I, pp. XXI–XXIII), donde el poeta se plantea si debe escribir a, para, por, contra, de o desde, en estos grabados aparece un primer estadio de la “visión”: laberintos y líneas que son parte de un juego en que “todos los caminos han sido trazados para perderse” (fragmento N, p. XXVIII). Así, “la libre asociación gratuita, en la que

